



Martillazos a la vida. Taller de poesía en el Hospital Neuropsiquiátrico Taraborelli de Necochea

Arturo Serrano*

Ponerme a contar el Taller de poesía me pone en un desafío en cuánto a qué recorte hacer, en cómo nombrar o relatar un hacer y el proceso de todos estos años. En un contexto donde hay nuevas coyunturas y nuevas maneras de nombrar las cosas elijo hablar con mis propias palabras. Por lo tanto es simplemente taller de poesía, lo que ahora se llama también “dispositivos de arte en salud mental” “taller de expresión” “taller literario” “experiencia educativa no formal”, etc. Hay un algo de *es*, y *no es*, todo eso. El taller de poesía es sencillamente una secuencia de una hora a la semana donde leemos a un poeta del mundo, conversamos, después viene el momento de escribir –con o sin consigna- con alguna música de fondo, y por último cada uno lee lo suyo en ronda en la mesa.

En todos estos años han pasado muchas personas por el taller, internos y no internos del hospital [2], invitados poetas, actores, músicos, estudiantes. La propuesta es abierta y pública, con la característica de que no es una actividad obligatoria para los pacientes, sino que asisten solo los que elijen hacerlo. Las producciones escritas en el taller se van subiendo a un blog [1], son leídas en diversos programas de radio (como “Neurolanchines” en Necochea y “La escuela de Nadie” en La Plata) y se publican en afiches, revistas, folletos, etc. Por otro lado en el 2010 se publicó una antología “Poesía por todos, seis años de poesía en el psiquiátrico” – mediante una edición independiente.

* Arturo Luis Serrano (1978, Tandil, Argentina). Escritor, poeta. Reside en Necochea (Provincia de Buenos Aires). Tiene publicados los libros de poesía: *La mirada perdida* (2004), *Pequeños Gatos y Bestias de Circo* (2009). Dos álbumes ilustrados por Nancy Muiño (*El cuento del pescador* y *El maravilloso mundo de las mariposas*) y otros cuentos para niños, algunos han sido llevados al teatro. Trabaja como dramaturgo en la Cooperativa Teatral El Cruce, en los equipos de talleres de experiencias artísticas para niños en riesgo de la Asociación Civil La Subida de Quequén y dicta un taller de poesía en el Hospital Neuropsiquiátrico Dr. Taraborelli de Necochea desde hace siete años. Además sus textos humorísticos han aparecido en numerosos espectáculos y presentaciones, como en *Zafarrancho Varieté*, entre los años 2008 y 2012. Recientemente se publicó en La Plata su novela *Adormecida por las nubes* (Editorial Parque Moebius).
bretongraves@yahoo.com.ar



Aunque me dicen *profesor*, en mi rol de coordinador del taller mi posicionamiento es apenas proponente en los temas, y al momento de escribir soy “uno más”, sin que exista instancias de corrección, de está bien o mal escrito un texto ni nada por el estilo. Aunque sí juegan, como un elemento particular de la experiencia, el *vínculo* y *el afecto*, una disposición a contener, escuchar momentos de crisis, y el propiciar un espacio donde el dolor también pueda ser expresado con libertad. Una de las bases de esa libertad es la ausencia de articulación o supervisión por parte del Hospital, que ni más ni menos permite el espacio, pero que no liga en nada la experiencia del taller con sus instancias terapéuticas. Del mismo modo mi trabajo es invisible en lo institucional, ya que no figuro con ningún cargo ni percibo ningún pago por el taller.

Otra característica específica y llamativa del taller de poesía en el psiquiátrico es que muchos de los internos que participan no saben leer ni escribir, no obstante se interesan en la propuesta y vienen al taller, escuchan lo que se lee y dictan sus poemas para que otro se los escriba. El taller tiene lugar en el Hospital de Día, un salón apartado de los pabellones del Hospital. Los pacientes que participan en el taller son entre 5 y 12, a veces más, a veces menos. Sus edades y procedencias son diversas ya que el hospital es interzonal, esto implica que hay gente de otras ciudades como Villa Gesell, Mar del Plata, San Cayetano y otras localidades que suelen derivarse a Necochea con internaciones variables. Otros pacientes son cronicados, una especie de cadena perpetua para internos marginales que por su condición social o por circunstancias desafortunadas cayeron en la lógica del encierro psiquiátrico.

Hasta aquí un relato básico de lo que es el taller, todos los jueves a las 15:30 con estos materiales sencillos: poemas de algún poeta del mundo, hojas, lápices y un cd con música siempre distinta, más el equipo de mate. También puedo nombrar un resultado paralelo del taller, que es el *Ciclo de artistas en el psiquiátrico*, donde grupos de teatro, bandas de música, realizan esporádicamente funciones gratuitas para todo el Hospital y abiertas a la comunidad, coordinadas también desde nuestro espacio.

El texto que sigue lo escribí hace dos años, y fue presentado en la *Jornada Nacional Simultánea de Arte y Salud Mental 2010*, en la sala del teatro de la Usina Popular Cooperativa, UPC Necochea. Creo que resume aún las motivaciones en cuanto al por qué de la propuesta poética y de cómo me acerca el trabajo hacia lo que podríamos llamar “el mundo de la salud mental”:



“Significados en torno a la escritura en la experiencia de psiquiátrico: miradas de lo artístico a lo terapéutico, la expresión de lo subjetivo y la vivencia estética”

En el principio del camino la escritura se presenta como un ejercicio, un arte, puramente íntimo, individual, en cierto aislamiento con respecto a los otros. Esto suele ser común en las primeras etapas de todas las personas que comienzan a expresarse escribiendo desde lo biográfico a lo literario, desde un tanteo sentimental a la exploración de estilos. Ese individualismo primordial, principalmente de la adolescencia, es una ficción pasajera. Con el tiempo y con suerte se descubre que los otros están presentes como en todo arte, como en todo acto de comunicación, se quiera o no, los otros como lectores, como censores, los otros como espejos, como contraposiciones o preguntas silenciosas. En algún momento se rompe la cáscara y se busca compartir, publicar, mostrar y ver lo de los demás. Quiero remarcar en que para el que puede notarlo algo sucede al exponer lo propio ante la mirada de los demás, una timidez difícil de romper, un ritual como de confesión, la espera de aprobación o lo contrario, el aire que cobra un texto al salir del círculo interno. Algo sucede al oír, al leer a otros en el mismo plano. Si hay una generosidad de pensamiento, antecede a todo juicio acerca de lo expresado la ofrenda de esa creación, el asombro ante lo que se recibe: poesía, imaginación, el relato simple de un dolor o la invención de un sueño, palabras sencillas, trucos de estilo, metáforas, versos de amor de niños, gritos de desesperación.

Cortázar nombra al lenguaje como “ese gran poema colectivo”, el poema de los signos que nos permiten ese encuentro mágico que es la comunicación, signos que son dibujos, sonidos como también gestos, temblores, como ya está estudiado de muchas maneras, signos que son vivos en cada persona que los pone en juego en sus mil combinaciones y que los constituye cada vez en símbolo, en una significación propia, o de la que apropiarse. Por ejemplo esto que digo ahora, que estoy leyendo, ustedes lo escuchan, lo entienden o no, lo comparten, circula, deja algo o se hace todo olvido, no lo puedo saber.

Quiero volver a ese algo que sucede cuando la pura individualidad se rompe y aparece el momento de encuentro con los demás: tiene la fuerza de desnudarse de pronto, pero también una fuerza que es la de la vida y la del deseo, una búsqueda de movimiento, de salida de lo que somos y lo que nos pasa a través de muchos medios, como saben los psicólogos, que pueden hablar del síntoma o de los sueños, salida en este caso a través de la expresión artística. En particular de la escritura y más en particular de la poesía. Aquí me detengo a



reflexionar acerca de la poesía como herramienta de expresión, que tiene sus particularidades, en uno de mis talleres di el ejemplo que sigue: -si uno está martillando un clavo en la pared y se golpea un dedo, lo adecuado es insultar, surge de las profundidades aun de la persona más culta y refinada, ¿no es cierto? Bien, hay múltiples situaciones de la vida que requieren ser expresadas –expulsadas de si- de distintas maneras. Una carta a una señorita o una nota a un vecino, o un telegrama de renuncia se escriben –se dicen- de distintas maneras.

La poesía me parece uno de los más vastos medios para gritar las consecuencias de ese complejo pero contundente martillazo que es la vida humana en toda su profundidad. Me tengo que detener un instante para dilucidar brevemente de qué les hablo cuando digo poesía, aún es objeto de desacartonamiento aunque no tanto como en otras épocas: sé que para algunos, poesía es algo de literatos o de poetas, para otros cursilería, rimas de póster, rareza de locos. Es un poco de todo eso pero voy a saltar por encima hacia algo más primordial y más sencillo:

Poesía es lo que escribimos como poesía,

Poesía es lo que vivimos como poesía

todas las personas desde que nacemos. Voy a citar a Aldo Pellegrini, gran poeta “contaminador” de poesía de nuestro país:

“...considerado así lo poético no reside solo en la palabra. Es una manera de actuar, una manera de estar en el mundo y convivir con los seres y las cosas. El lenguaje poético en distintas formas (forma plástica, forma verbal, forma musical) no hace más que objetivar de un modo comunicable, mediante los signos propios de cada lenguaje particular, esa fuerza expansiva de lo vital. Como consecuencia el mundo poético está en todos, en la medida en que cada hombre es un ser integral. La clara consigna de Lautréamont. “La poesía debe ser hecha por todos”, no tiene otro sentido. “Aquel que ignora la poesía es un mutilado, tal como es aquel que ignora el amor” (*Pellegrini, La acción subversiva de la poesía*) [3].

No se puede concebir la poesía nombrada de esa manera sin que sea compartida, social. No la propiedad de uno en su torre de marfil, como se decía antes, sino la experiencia manifestada en relación con otros, puesta en juego como algo vivo donde aparece el afecto y el conflicto, la amistad, la generosidad de abrirse a otros, eso que llamamos vínculo en sus múltiples y profundas connotaciones.



La experiencia de escritura en el psiquiátrico comenzó como una instancia más junto a otros poetas muy jóvenes de la ciudad. Sencillamente compartir fue la intención al principio: compartir poetas que leíamos y nos influían, pensamientos, charlas, un espacio de expresión y escritura en común. Apoyados en lo colectivo y bien inspirados podría decir, comenzamos despojados de prejuicios y de pretensiones relacionadas con hacer el taller en un psiquiátrico. Durante el mismo, nos olvidábamos que estábamos en un hospital, que unos eran internos y otros no, conscientes de que esos asuntos estaban fuera de nuestro rol.

Personalmente eso fue y sigue siendo un largo proceso de aprendizaje. Me puedo preguntar por qué seguí el taller de manera voluntaria durante seis años y lo contesto dando vuelta la pregunta: seguí porque el taller siguió, y ahí si me acercaré a lo particular de la experiencia en el neuro-psiquiátrico. Motivaciones personales aparte, ese hacer poesía con otros, planteado así desde el comienzo con compañeros que por circunstancias de la vida dejaron de estar en distintos momentos, fue y es un proceso relacionado con la historia del hospital y la ciudad, pariente de la semilla que dejaron allí otros artistas, algunos profesionales de distintas épocas y muchos de los internos.

Ante la mirada de los otros se puede descartar lo que a veces surge como supuesto: dar el taller como una acción de caridad para los pobres locos del psiquiátrico, lo que denunciaría inmediatamente como despectivo, precisamente multiplicador del estigma presente en la sociedad opuesto a cualquier criterio de considerar personas dignas de expresar su subjetividad íntegramente y a su manera en cualquier ámbito de la vida. Tampoco es un hacer religioso, ni de militancia ideológica bajo alguna bandera, aunque desde luego subyace una ideología entendida abiertamente, que más allá de lo que ahora pueda exponer la dejaré subyacer tranquila.

El taller conformó y fabricó de a poco un espacio de incentivo y libertad a la expresión. De poesía sí, a veces versos. Otras, cartas a seres queridos, otras frases de graffiti, chistes, simples descargas de dolor, a veces grafías que significan algo que no sabemos. Y puedo decir, agradecido, que las entregas de los textos de los participantes –internos y no- y su lectura ha sido muchas veces un asombro y la alegría me dieron grandes motivadores a continuar. Sin censura ya que el taller se situó fuera de las instancias de juicio a las que los internos particularmente deben enfrentar en la evolución de su devenir en la internación. Hablamos –y escribimos- allí de la locura como estigma, de la libertad y el encierro, del sexo, de los



infiernos, del amor, de la belleza. Lo ilustramos con poetas de cualquier parte del mundo, nos sirven a veces de espejo o de deslumbramiento. Y luego escribimos lo nuestro, lo leemos para los demás y queda para ser publicado y mostrado por ahí.

Todos estos años me pregunté muchas veces si eso que sucede en el taller hace algún aporte a lo terapéutico en la realidad de las personas que se encuentran en el hospital bajo instancias de tratamiento, si algún informe aportaría algo a los médicos. El sentido de esta ponencia está fuertemente relacionado con esa pregunta. Sé que en una institución conviven múltiples criterios y abordajes con respecto a la salud mental. También sé que el corte que las separa es la posición que da lugar al sujeto como protagonista de su enfermedad y la que no, este corte es el que cuestiona la existencia del hospital psiquiátrico pero está fuera de mis alcances completamente.

Más joven me hubiera resultado un insulto nombrar a la escritura como terapéutico, hubiera dicho hacer catarsis no es literatura. Pero después me tocó pasar las hermosas puertas del infierno, el fuego magnífico donde arde la literatura en sus prestigios para que quede lo humano quemante y dulce. La catarsis es un carnaval necesario, podemos amontonar libros de psicología que diluciden ese rol del lenguaje, del decir lo guardado, de convertir la adicción en dición, de abrir las puertas de la mente con las señales de los sueños, de la asociación libre, de lo nombrado como espejo exteriorizado, las palabras. No obstante, siempre traté de ser cauto: soy poeta y no psicólogo, solo quedó allí esa pregunta, con su contrapuesta. El hecho estético.

Abelardo Castillo dijo una vez que alcanza con que dos personas se observen un tiempo para que se enamoren. Ahí está el hecho estético: es la belleza bestialmente bella de un hombre o una mujer cualquiera expresando su ser. ¿Y lo artístico? También está, proponemos técnicas, juegos, como decía más arriba, martillazos. Encontrar otro en la mera materialización de las palabras en una hoja de papel, dejar salir el alien a pastar en las letras, hacer el amor hablándolo, estar vivos.

Queda puesta aquí una invitación a psicólogos, psiquiatras, terapeutas ocupacionales, auxiliares y acompañantes terapéuticos a quienes integran los equipos de salud mental a aportar desde su mirada para la construcción mejoradora de estas actividades tan vinculares, tan ricas para el que lo quiera ver. La locura y la cultura son la misma cosa, tanto en su significado negativo



como en el positivo. En última instancia no puedo proponerme como alguien que no está loco, y anuncio la locura como la fiesta de estar aquí buscando la libertad, el amor, la maravilla, esa magnífica nube negra que por magia o por azar se convierte en la muerte o en una sonrisa.

**Notas**

[1] Disponible en: <http://poesiaenelsiquiatrico.blogspot.com.ar>

[2] Para más información sobre el Hospital Taraborelli de Necochea:
<http://www.ms.gba.gov.ar/HTaraborelli>

[3] Disponible en: [http://www.elortiba.org/ap.html#La acción subversiva de la poesía](http://www.elortiba.org/ap.html#La_acción_subversiva_de_la_poesía)